

# LA DESIGUALDAD EN EL MUNDO CONTEMPORÁNEO: UN PROBLEMA MAL PLANTEADO

*"Ils adoraient l'égalité jusque dans la servitude".*  
Alexis de Tocqueville, *L'Ancient Régime et la Revolution*

**S**on frecuentes, desde hace algún tiempo, los simposios y seminarios en los que se analizan la pobreza y la desigualdad en la distribución de la renta y la riqueza. Hay excepciones, ciertamente, pero quienes tienen experiencia en este tipo de reuniones saben que uno de sus objetivos no declarados es llegar a la conclusión de que las cosas están muy mal en el mundo; y, sobre todo, de que el número de pobres es cada vez mayor. Y esta actitud ha cobrado aún más fuerza tras la última crisis económica, que ha convertido el problema de la distribución de la renta y la riqueza en los países desarrollados en uno de los temas más debatidos en la literatura económica de nuestros días.

No es una cuestión nueva, ciertamente. En el siglo XIX la denominada "cuestión social" se planteó, básicamente, como un problema distributivo que, en opinión de algunos economistas, acabaría destruyendo el capitalismo, que no podría resistir el empobrecimiento creciente de una gran parte de la población. Más tarde, cuando se observó que tal hecho no se producía y el nivel de vida de los trabajadores crecía de forma sostenida, se desplazó el problema desde la explotación de los obreros a la explotación de los países subdesarrollados, que se empobrecerían cada vez más a causa de ella. Pero hubo que

---

Francisco Cabrillo es catedrático de Economía de la Universidad Complutense.

reconocer que también esta predicción era falsa, al comprobarse que, en las últimas décadas, se ha producido un crecimiento económico notable y una reducción espectacular de la pobreza en gran parte del mundo en vías de desarrollo. Y hoy, de nuevo, las miradas de los economistas se vuelven a lo que está sucediendo en los países avanzados.

Los datos estadísticos muestran que los ingresos de un gran número de trabajadores se han estancado o, incluso, reducido en los últimos años; y que esta evolución no puede explicarse en su totalidad por la última crisis económica, ya que el fenómeno empezó a producirse con anterioridad y se mantuvo en momentos de fuerte crecimiento económico. La publicación del famoso libro de Thomas Piketty *El capital en el siglo XXI* convirtió el tema de la desigualdad en la distribución de la renta y de la riqueza en el centro del debate económico, tanto en el ámbito académico como en el político. Y los críticos de la política económica que, a lo largo de los últimos treinta años, han aplicado los países europeos y los Estados Unidos encontraron en este libro datos y argumentos para pedir un cambio de modelo y volver a los principios económicos de las décadas de 1960 y 1970, que han sido idealizados en exceso sin tener en cuenta, entre otras cosas, cómo y por qué el mundo occidental tuvo que cambiar unas políticas que parecían haber llegado a un callejón sin salida.

Los datos que en esta literatura crítica se manejan son, ciertamente, llamativos y no pueden ser echados en saco roto. En el caso de los Estados Unidos, el país en el que la desigualdad ha aumentado en mayor grado, se apunta que la renta media de los grupos de renta baja no ha crecido, en términos reales, desde la década de 1970; y que los ingresos de los grupos de renta alta se han elevado, en cambio, de forma significativa. Pero esto no siempre fue así. Se calcula que los ingresos de los grupos de renta baja se doblaron, también en términos reales, entre 1945 y 1973; periodo en el que el grupo del 1% de las personas de mayor renta vio aumentar sus ingresos solo en un 33%. Es decir, la tendencia ha cambiado; y se apunta que el resultado no ha sido solo un menor nivel de vida para buena parte de la población, sino también un crecimiento de las quiebras personales y de la pobreza en el país.

¿Qué significan estos datos? Aunque el cambio de tendencia sea indiscutible, es preciso matizar mucho las cifras y tener cuidado a la hora de sacar

conclusiones. Solo un ejemplo de las diversas formas en las que podemos interpretar las estadísticas sobre distribución de la renta. Cuando analizamos la evolución de los ingresos de, digamos, el 20% de las personas más pobres de un país, no siempre sabemos si quienes estaban antes en este grupo son las mismas personas que están ahora. Algunos estudios presuponen que lo son; pero pueden estar equivocados. En otras palabras, si ha habido movilidad es posible que, aunque el grupo de los más pobres como tal no haya mejorado, sí lo hayan hecho muchas de las personas que lo formaban, que han sido sustituidas por otras en la cola de la distribución. Y estos nuevos componentes del grupo pueden ser personas cuyos ingresos hayan disminuido. Pero pueden también ser personas que anteriormente no formaban parte del colectivo, y se han incorporado a él en los niveles más bajos. Si pensamos que, de acuerdo con las cifras oficiales, el número de inmigrantes que había en los Estados Unidos en 1970 era de 9,6 millones, y que la cifra había pasado a ser 41,3 millones en 2013, y consideramos que la mayor parte de estos inmigrantes se encuentran en los niveles de renta más bajos, cabe concluir que un estudio detallado de la evolución de los ingresos de la población norteamericana por percentiles, que tomara en cuenta este hecho, ofrecería una imagen bastante diferente de la visión catastrófica que se obtiene de la lectura de gran parte de las obras actuales sobre desigualdad. Y cálculos similares podrían hacerse, desde luego, para otros países receptores netos de inmigración. Esto no significa, desde luego, negar la existencia de un problema serio. Pero hay que insistir en la necesidad de analizar los datos con la mayor objetividad posible, cosa que buena parte de la literatura actual sobre desigualdad no hace.

Las propuestas más habituales para impedir el crecimiento de la desigualdad en el mundo desarrollado son bien conocidas: un sistema fiscal diferente, fuertemente progresivo, una legislación laboral con mayor regulación estatal y más poder para los sindicatos, una política monetaria orientada al crecimiento y gestionada por unos bancos centrales más “democráticos”, y el final de la “austeridad” mediante un fuerte crecimiento del gasto del Estado en servicios sociales y en inversión pública. Naturalmente los economistas más competentes que defienden este tipo de medidas son conscientes de los problemas que tales políticas plantearían en el marco de economías abiertas, como las que existen en la actualidad. Por ello muchos de ellos piden también “controlar” la globalización con el ob-

jetivo de reducir la competencia entre naciones y terminar con lo que en la literatura económica se denomina la “carrera hacia el fondo”, en lo que se refiere tanto a la regulación como a la presión fiscal.

No es sorprendente. La globalización se ha convertido, en efecto, desde hace ya bastantes años, en la bestia negra de los enemigos de la economía de mercado. Y no faltan motivos para ello. La apertura de las economías al comercio exterior y el libre movimiento internacional de los capitales suponen, sin duda, una limitación sustancial de los poderes discrecionales de los gobernantes.

Lo más llamativo de estos argumentos en favor de una globalización controlada por el poder público es que sus partidarios olvidan que lo que perjudica a los políticos irresponsables beneficia, sin embargo, a la gran mayoría de la gente; entre ellos, desde luego, a quienes viven en vías de desarrollo, ya que la internacionalización de la economía está teniendo como uno de sus principales efectos una reducción de la pobreza en el mundo subdesarrollado de una intensidad desconocida hasta hoy en la historia de la humanidad. Los datos son claros: la desigualdad en la distribución de la renta y de la riqueza entre grupos sociales ha aumentado en el interior de muchos países avanzados; pero, si consideramos el mundo en su conjunto, la desigualdad se ha reducido de forma significativa. Y, lo que es más importante, los dos fenómenos no son independientes. Por ello el problema de los países desarrollados tiene una solución difícil en la forma en la que se ha planteado. Tratar de volver a la socialdemocracia anterior a los años ochenta, en el marco de una economía tan abierta y competitiva internacionalmente como la actual, es inviable. No sabemos realmente cuál sería el precio, en términos de eficiencia, que habría que pagar hoy por crear una sociedad más igualitaria en los países de Occidente. Pero es muy probable que soportar tal coste no compense en absoluto a quienes vivimos en el mundo desarrollado, incluida, desde luego, esa mayoría de personas a las que tantos economistas y políticos dicen querer ayudar.

### PALABRAS CLAVE

Desigualdad • Pobreza • Política económica • Globalización • Socialdemocracia • Occidente